

LIBROS

a **B** c d e f g
h i j k l **M** n
ñ o p **Q** r s t
u v w x y z

PALABRAS ENVENENADAS

«LO QUE SOMOS SE DEFINE CON PALABRAS», ASEGURA IRENE LOZANO, CUYO ÚLTIMO ENSAYO DENUNCIA LA PERVERSIÓN A LA QUE SE VE SOMETIDO EL LENGUAJE Y LA VULNERACIÓN DE LAS REGLAS DEL JUEGO SEMÁNTICO

EL SAQUEO DE LA IMAGINACIÓN

IRENE LOZANO

DEBATE, BARCELONA, 2008
228 PÁGINAS, 19,90 EUROS

SERGI DORIA

Un gobierno que troca la palabra «trasvase» por sinónimos y disfraza su fracasada política hidrológica; un ministro que soslaya la «recesión» apelando a la «desaceleración» económica: dos ejemplos de adulteración semántica. La madre de todas las batallas contra el pensamiento único es el lenguaje; así lo advierte Irene Lozano en *El saqueo de la imaginación*, o la vulneración de las reglas del juego semántico y su repercusión ética. La identidad de una civilización o una cultura, apunta, la forman sus valores: «Éstos se construyen a través de la palabra y se codifican en relatos, mediante los cuales esa cultura obtiene una imagen de sí misma que actúa a modo de paradigma moral. Modificar el léxico equivale a alterar esos valores profundos».

La preocupación por la manipulación de significados y etimologías no es nueva. En 1865, John Ruskin alertaba en *Sésamo y lirios* sobre las palabras enmascaradas que provocan guerras. El Nietzsche filólogo proclamó que toda palabra es un prejuicio y Simone Weil recelaba de las palabras en mayúscula que alimentan mitos y perpetran monstruosidades a cuenta de la Justicia o la Revolución. Los inconcretos sustantivos acabados en «ismo» llevaron el siglo XX al genocidio. En *La cultura de la queja*, Robert Hughes disecciona el lenguaje políticamente correcto del multiculturalismo y los eufemismos que encubren víctimas civiles con la cínica etiqueta de «daños colaterales».

A QUÉ NOS REFERIMOS. La dialéctica está viciada si no sabemos a qué nos referimos... Lozano se rebela contra el relativismo posmoderno de un Lyotard que declara la muerte del discurso de la Ilustración, derrotismo que sigue de la estela de Adorno y Horkheimer: «La posmodernidad no sólo no construye nada, sino que al universalizar su impotencia para ofrecer alternativas, se hunde en el pesimismo hasta negar la posibilidad de concebir una vía de salida al ideal ilustrado».

Situados en la sociedad líquida, con su desconcierto ideológico, somos carne de manipulación. La ensayista confirma las sospechas de Weil cuando aborda un «discurso vago y trufado de términos inestables» que propicia «la adhesión ciudadana por razones de identidad o emocionales, como el miedo». Cada día oímos que alguien es liberal o conservador, pero cada interlocutor vende el concepto en función de sus intereses coyunturales. Un liberal en Estados Unidos es un socialdemócrata de aquí y un liberal europeo se adscribe al centro-derecha. Rodríguez Zapatero vindica el «socialismo liberal y libertario» y la derecha critica el conservadurismo de la izquierda... Si le ponemos el prefijo «neo» -de neoliberal o neoconservador-, la cosa se pone fea y se aleja años luz del liberalismo fundacional de Adam Smith.

NÚCLEO DURO. Si los totalismos engendraban una neolengua para topografiar su fantasmagórico paraíso -de eso el llamado «socialismo real» sabe un rato largo-, las democracias padecen el «doblepensar» que Orwell describió en 1984. Y ese es núcleo duro de Irene Lozano. Una *mot d'ordre* ético para restaurar el *logos* liberal. Dejar de lado la retórica del totalitarismo más identificable y explícito, para diseccionar un lenguaje que se arroga valores democráticos manoseando la palabra «libertad». La autora alude a la Administración Bush y las corporaciones transnacionales, en la línea de John Ralston Saul y Richard Sennett: «Todas las revoluciones se caracterizan por traer consigo un nuevo lenguaje, ya sea acuñando nuevos términos (soviet), redefiniendo los antiguos (fraternidad, hombre nuevo), o usándolos con mayor profusión (comité). La nueva ideología conservadora estadounidense ha acuñado multitud de expresiones para apuntalar su discurso».

LA ADULTERACIÓN CONDUCE AL GALIMATÍAS. UN VOCABLO SUSCITA MÚLTIPLES INTERPRETACIONES. ROTO EL CONSENSO «SIGNIFICATIVO», SE QUIEBRA LA OBJETIVIDAD

El vocabulario viciado revela que palabras como «innovación» o «progreso» sirven a intereses espurios. Nadie habla de «capitalismo», sino de «economía de mercado»; el «salario competitivo» maquilla jornales de miseria; «autorregulación» o «flexibilidad» connotan que la preocupación del Estado por los convenios laborales es un engorro; la «sociedad civil» interesa más en su vertiente empresarial que en su resistencia a los abusos de poder. Paradójicamente, la alergia al Estado de los *neoon* contradice al maestro liberal Hayek; si éste afirmaba que el poder económico debe subordinarse al político, ellos propagan un libertarismo en el que Lozano detecta «resabios sesentayochistas», un discurso interesado que «no se dirige contra todo el poder, sino contra el del Estado en exclusiva».

A partir del 11-S, el miedo y la obsesión por la seguridad ensombrecen el lenguaje gubernamental. La guerra contra el terrorismo demuestra que «la profusión de un vocablo obliga a recelar»; a más uso, mayor distorsión. La representación maniquea de la realidad «anquilosa» los argumentos: palabras-fetichismo como «democracia» y «libertad» avivan emociones y esquivan raciocinios.

POLÍTICA Y PROPAGANDA. Tal adulteración conduce al galimatías. Una palabra suscita múltiples interpretaciones, sometida al interés coyuntural de cada usuario. Roto el consenso «significativo», se quiebra la objetividad; la política degenera en propaganda. Se vulneran derechos individuales en nombre de la libertad. Cuando los eufemismos encubren torturas, se está pudriendo el discurso moral que eleva la sociedad abierta sobre dictaduras y teocracias. De ahí el valor del republicano McCain al reforzar la prohibición de la tortura en la guerra contra el terrorismo, mientras sus correligionarios veían «posturas estresantes» en las fotografías de Abu Ghraib.

El saqueo de la imaginación nombra la derrota de la realidad: una sinistra *ars combinatoria* de vocablos tan rotundos como falsarios. Como concluye Irene Lozano, «lo que somos se define con palabras»: una cuestión más ética que lingüística. Saber de qué hablamos para no ser ventrílocuos del sistema. ■



VOCABULARIO VICIADO.

MODIFICAR EL LÉXICO EQUIVALE A ALTERAR VALORES PROFUNDOS; SEÑALA IRENE LOZANO EN «EL SAQUEO DE LA IMAGINACIÓN», EN LA PÁGINA DE LA IZQUIERDA, UNA DE LAS OBRAS QUE CHEMA MADDOZ EXPONE ACTUALMENTE EN LA GALERÍA MORIARTY, DE MADRID